

RUSIA

REGRESA CON FUERZA A LA ESCENA INTERNACIONAL

Mientras los Estados Unidos se repliegan de algunos escenarios, como han hecho en Siria tras abandonar a sus antaño aliados kurdos y Afganistán, Rusia refuerza su liderazgo en Oriente Medio, su antigua periferia soviética, América Latina e incluso Europa.

La guerra de Siria, en que Rusia se ha involucrado apoyando militarmente al régimen de Bashar al-Asad, ha mostrado a las claras que Moscú no va a quedar al margen de los procesos que acontecen en Oriente Medio y que refuerza su presencia en la región, manteniendo y sosteniendo a un sólido aliado que le debe su victoria en la guerra civil y que mantiene sólidos lazos con Irán, Líbano y las autoridades palestinas de Gaza.

Además, Rusia mantiene una importante base militar naval en la ciudad siria de Tartús, sobre el Mediterráneo oriental, un enclave estratégico que le permite a Rusia el acceso a este mar pero también al mar Negro y poseer información de primera mano sobre esta zona, muy cerca de Turquía, Chipre, Israel y Líbano, frente a unas costas donde se desarrolla una disputa acerca de las ricas reservas de gases encontradas en el subsuelo marino.

Mientras Rusia mantiene excelentes relaciones con Siria a todos los niveles, pero sobre todo en el plano militar y político, Vladimir Putin, como buen equilibrista que es, también las mantiene, al más alto nivel, con Israel. Las relaciones entre Rusia e Israel nunca han sido tan fluidas y los contactos son cada vez más frecuentes, sobre todo entre el presidente de Rusia, Vladimir Putin, y el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu. Ya se han celebrado una decena de reuniones entre ambos y Netanyahu visita con asiduidad Moscú.

Netanyahu ha intentado recabar el apoyo de Rusia al plan de paz auspiciado por la administración de Donald Trump, pero,

sin embargo, la diplomacia rusa se muestra escéptica ante la viabilidad del mismo, argumentando que contraviene numerosas resoluciones de las Naciones Unidas y no concita el apoyo del mundo árabe y los palestinos, que han roto las relaciones a todos los niveles, incluida la seguridad, con Israel y los Estados Unidos.

Al tiempo que Putin mueve sus fichas entre Siria e Israel, los dos más encarnizados enemigos en esta región debido a numerosos conflictos entre ambos a lo largo de su historia pero también por la ocupación de los Altos del Golán por Israel desde el año 1967, Moscú ha reforzado sus relaciones con Turquía e Irán, país este último que es otro de los grandes enemigos del Estado hebreo en la región. Esas relaciones, sin embargo, no siempre han sido fáciles en estos años debido a numerosos incidentes militares entre Turquía y Rusia, como por ejemplo el derribo de un avión ruso a manos turcas hace cinco años y la muerte de 33 soldados turcos en un bombardeo por parte de las fuerzas del gobierno sirio, apoyadas por Rusia.

Otro aspecto que les divide es la crisis de Libia, en donde cada uno apuesta por un bando distinto, aunque finalmente Rusia y Turquía auspiciaron una conferencia sobre este conflicto en Berlín, el pasado mes de enero, en las que se resolvió un alto el fuego, la continuación del diálogo político entre



las partes y se hizo un llamado al respeto a los derechos humanos. Por ahora, no parece que esta crisis vaya a ser un escollo en las relaciones entre Moscú y Ankara, pues son más asuntos los que les unen en su esfera de intereses estratégicos que los que les separan, incluido el económico, como el ambicioso gasoducto en territorio turco llamado TurkStream, un proyecto de 900 kilómetros de longitud que cruzará el mar Negro y llevará el gas a Bulgaria, Serbia y Grecia, evitando a Ucrania y sustrayéndola del peso estratégico que tuvo en el pasado en la economía rusa.

DEL EJE RUSIA-TURQUÍA-IRÁN A LA PERIFERIA SOVIÉTICA

Rusia también ha coqueteado con Irán en los últimos años, sobre todo después de que Estados Unidos rompiera unilateralmente el famoso pacto nuclear, del que Moscú era valedor, e impusiese nuevas sanciones a Teherán, algo que también fue respaldado por Alemania, Francia y el Reino Unido tras su reciente anuncio de que se saldrán del acuerdo, ya que consideran que las autoridades iraníes "no respetan sus compromisos". Rusia se aprovecha de ese posicionamiento "radical" de los Estados Unidos y sus aliados europeos para granjearse el apoyo de Irán en la escena internacional y aparecer como

su único valedor frente a las afrentas que, supuestamente, sufre por parte de Occidente. En definitiva, se ha asistido en los últimos tiempos a la conformación de un eje Rusia-Turquía-Irán que intenta imponer su liderazgo en la región frente a la ausencia de Occidente en esta parte del mundo.

Mientras el liderazgo ruso se acrecienta en Oriente Medio, sobre todo tras el desinterés de los Estados Unidos hacia la región a pesar de haber lanzado a bombo y platillo "el acuerdo del siglo" para resolver el contencioso israelí-palestino, también Rusia sigue manteniendo en el antaño mundo postsoviético -excepto en los países bálticos: Estonia, Letonia y Lituania- una fuerte influencia y capacidad de presión sobre estos países. Rusia sigue ocupando en Georgia las importantes regiones de Osetia del Sur y Abjasia, Transnistria en Moldavia y se anexionó Crimea y Sebastopol, en el año 2014, sustrayendo a Ucrania quizá de estos dos territorios para siempre, pese a que no hubo un reconocimiento internacional de las anexiones.

MIENTRAS RUSIA MANTIENE EXCELENTES RELACIONES CON SIRIA A TODOS LOS NIVELES, PERO SOBRE TODO EN EL PLANO MILITAR Y POLÍTICO, VLADIMIR PUTIN, COMO BUEN EQUILIBRISTA QUE ES, TAMBIÉN LAS MANTIENE, AL MÁS ALTO NIVEL, CON ISRAEL

1. Vladimir Putin, presidente de Rusia, en el centro. El presidente de Irán, Hassan Rouhani, a la izquierda, y Recep Tayyip Erdoğan, presidente de Turquía, a la derecha.

2.



AL TIEMPO QUE PUTIN MUEVE SUS FICHAS ENTRE SIRIA E ISRAEL, LOS DOS MÁS ENCARNIZADOS ENEMIGOS EN ESTA REGIÓN, MOSCÚ HA REFORZADO SUS RELACIONES CON TURQUÍA E IRÁN, PAÍS ESTE ÚLTIMO QUE ES OTRO DE LOS GRANDES ENEMIGOS DEL ESTADO HEBREO EN LA REGIÓN

De la misma forma, Rusia sigue manteniendo la presión militar sobre Ucrania al apoyar descaradamente a las milicias prorusas levantadas en armas en las regiones de Donetsk y Donbás, dos territorios que de facto están en manos de Moscú y cuyas negociaciones para superar la crisis son sistemáticamente torpedeadas por Putin. Recientemente, en una cumbre realizada en París y organizada por Alemania y Francia, los presidentes de Ucrania y Rusia, Volodimir Zelenski y Vladimir Putin, respectivamente, mantuvieron un encuentro pero sin llegar a ningún acuerdo ni poner el punto y final a la guerra que se libra entre los ucranianos y los secesionistas de las dos regiones. Para rizar más el rizo, y de la misma forma que han hecho las autoridades rusas en otras regiones ocupadas de la periferia postsoviética, Moscú está entregando pasaportes de la Federación Rusa a todos los ciudadanos de esas regiones que lo soliciten, algo que indignó a Ucrania que anunció que nunca los reconocería, y el rublo es ya casi la moneda oficial de estos dos territorios. La anexión de estos territorios está casi servida.

Por otra parte, las ex repúblicas soviéticas de Armenia, Bielorrusia, Kazajistán y Kirguistán forman parte de la Unión Euroasiática, la unión aduanera impulsada por Vladimir Putin y que lidera claramente Rusia, en una suerte de Unión Europea a la postsoviética, aunque todavía es más retórica que práctica.

3.



En lo que respecta a Bielorrusia, hay que señalar que conforma con Rusia un pacto que se denomina el Estado de la Unión, un proyecto de integración que no ha logrado los objetivos deseados, como una moneda única y un mercado económico plenamente integrado, y que en los últimos tiempos, además, ha chocado con las reticencias del presidente bielorruso, Aleksandr Lukashenko, quien prefiere apostar por una relación de cooperación y colaboración a diferencia de la "unión total" que preferiría Putin. Lukashenko ha mantenido una posición moderadamente crítica con respecto a la anexión de Crimea por parte de Rusia e incluso ha actuado como mediador con Ucrania para encontrar una solución al desafío que implican las regiones secesionistas, arrancado a Moscú la firma de los acuerdos de Minsk. En esta senda de autonomía política con respecto a Rusia, Lukashenko también ha hecho un tímido acercamiento hacia los Estados Unidos, mejorando notablemente sus relaciones, e hizo algunos gestos, como una amnistía concedida a sus oponentes políticos, para congraciarse con la UE y mejorar también sus relaciones, algo que ha conseguido relativamente en los últimos tiempos.

2. Aleksandr Lukashenko, presidente de Bielorrusia, con Vladimir Putin.
3. Vladimir Putin y Benjamin Netanyahu, primer ministro de Israel.

AMÉRICA LATINA, TAMBIÉN EN EL PUNTO DE MIRA DE MOSCÚ

En América Latina, Rusia también ha incrementado su presencia, sobre todo militar, y coopera en este terreno estrechamente con Nicaragua, Venezuela y Cuba, los tres principales enemigos de los Estados Unidos en la región. En suelo nicaragüense, por ejemplo, en la base de un volcán en la Laguna de Najapa, en las afueras de la capital, Managua, Rusia tiene ubicada la estación terrestre del Sistema Global de Navegación por Satélite (Glonass), la versión rusa del GPS estadounidense, que fue inaugurada el 6 de abril de 2017.

No hay datos muy fiables sobre las ventas de armas rusas a Venezuela, toda vez que la administración venezolana es absolutamente caótica y no publica muchos datos oficiales, pero un estimación más o menos realista podría cifrar en unos 20.000 de dólares el monto total de las operaciones efectuadas en el terreno militar entre Caracas y Moscú, entre los que destacan la venta de modernos aviones Sukhoi-30 para reemplazar los F-16 estadounidenses, misiles tierra a tierra, 100.000 rifles de asalto Kalashnikov y helicópteros de transporte, por citar tan solo algunos de los pertrechos militares vendidos.

Las relaciones entre Cuba y Rusia siempre fueron muy buenas y nacieron después de la Revolución cubana, en 1959, cuando el nuevo régimen cubano giró hacia

el socialismo y se alineó, en política exterior, con la extinta Unión Soviética. Tras unos años en las que las relaciones estuvieron a un nivel muy bajo, sobre todo tras la retirada de la ayuda soviética a la isla, en 1991, que provocó una grave crisis y el comienzo del conocido como el "periodo especial" en la isla, ahora las relaciones han vuelto a recuperar un nuevo brío y Moscú ha mostrado un interés renovado en impulsar sus relaciones con Cuba, donde Putin incluso piensa restablecer bases militares permanentes. En lo económico, Rusia ha incrementado también notablemente sus relaciones con los dos gigantes al sur de Estados Unidos, es decir, México y Brasil.

Europa tampoco escapa al interés del Kremlin por incrementar su influencia en el mundo, en abierto desafío a unos Estados Unidos cada vez menos activos en su acción exterior, pero también porque en los últimos tiempos ha habido una mayor receptividad por parte de Alemania y Francia por intensificar sus relaciones

con Rusia. Ambos países, que ya lideran la UE desde la salida del Reino Unido del Brexit, parecen haber optado por una política exterior europea menos condicionada por los intereses geoestratégicos de los Estados Unidos y reconociendo el hecho, absolutamente insalvable, de la vecindad de Europa con Rusia, por cierto muy en la línea pragmática del primer ministro húngaro, Viktor Orbán, al que demonizan franceses y alemanes por sus ideas de "extrema derecha". La política hace extraños compañeros de cama.

Por ahora, Rusia está muy atenta a su política exterior, mientras Trump parece mirar a través del espejo retrovisor pero sin tomar muchas acciones determinantes ni asumir el liderazgo que debería tener. ¿Hasta cuándo? ⁴¹⁶

EN AMÉRICA LATINA, RUSIA TAMBIÉN HA INCREMENTADO SU PRESENCIA, SOBRE TODO MILITAR, Y COOPERA EN ESTE TERRENO ESTRECHAMENTE CON NICARAGUA, VENEZUELA Y CUBA, LOS TRES PRINCIPALES ENEMIGOS DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA REGIÓN

¿TIENE FUTURO LA UNIÓN EUROPEA?

Europa se encuentra en un momento crítico en que debe definir una estrategia a largo plazo sobre cuestiones y temas fundamentales, como una política exterior común o hacer frente al desafío de la inmigración ilegal. También debe construir una nueva relación con Rusia no condicionada por los intereses geoestratégicos de los Estados Unidos



a crisis del Brexit ha dejado Europa sumida en un estado de incertidumbre que tiene mucho ver con la crisis de identidad de una Unión Europea (UE), fuertemente cuestionada en muchos países, como en Hungría, Polonia y la República Checa, e incapaz de hacer frente con energía a asuntos fundamentales como la inmigración ilegal, que es una cuestión que cada vez preocupa más a sus ciudadanos. Las crisis, decía el físico Albert Einstein, ofrecen grandes posibilidades a los países y a las personas y Europa ahora debería aprovechar la salida del Reino Unido -que nunca estuvo en la UE realmente, puesto que nunca aceptó sus normas- para un verdadero rearme programático de su proyecto en el corto y en el largo plazo, abandonando, de una vez por todas, sus visiones cortoplacistas y muchas veces egoístas que se resuelven más en función de los provincianos intereses nacionales de las grandes potencias que en aras del proyecto colectivo que deberían aunar las aspiraciones de los 27 socios.

Pero también se echa en falta músculo político y más ambición para dotar a la UE de un ejército europeo capaz de hacer frente a los desafíos internacionales, al menos a escala regional, y una verdadera diplomacia europea capaz de tener una voz conjunta en el mundo frente a unos Estados Unidos cada vez menos protagónicos en el planeta, toda vez que se retiran de algunos escenarios estratégicos, como Oriente Medio e incluso Europa, con la que cada vez muestra más distancia al menos en la coordinación de sus acciones exteriores, tal como quedó claro cuando presento su plan de paz para el conflicto palestino-israelí.

LOS LÍMITES TERRITORIALES DE LA UE

Para comenzar, uno de los grandes asuntos que tiene que definir el proyecto europeo es sus límites territoriales, ya que la UE tiene que hacer frente todavía al desafío que representa la integración de los Balcanes, en que numerosos países de esa región, como Albania, Macedonia del Norte, Montenegro y Serbia siguen llamando a la puerta de la organización y la UE les ha dado largas hasta ahora. Incluso el presidente francés, Emmanuel Macron, ha vetado en una cumbre de la UE, celebrada en octubre de 2019, la apertura de negociaciones con Albania y Macedonia del Norte -con Serbia y Montenegro continúan por ahora- porque considera que ambos países no cumplen los requisitos para ser miembros de la UE, algo que disgustó a muchos miembros de la UE

y a los presidentes de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, y del Consejo Europeo, Donald Tusk. “Estoy profundamente decepcionado, es un grave error histórico”, resumió Juncker tras ese veto francés, resumiendo el malestar que había entre muchos miembros de la UE por la decisión de Macron.

Luego están los casos de Bosnia y Herzegovina y Kosovo, países que también han expresado sus aspiraciones por pertenecer a la UE y que, por ahora, tendrán que esperar a las futuras integraciones de Montenegro y Serbia y a que Macron retire su veto a las dos naciones balcánicas en la lista “negra” (Albania y Macedonia del Norte). Bosnia y Herzegovina es un caso realmente complejo, dada su situación política y económica. En primer lugar, es un Estado que nunca ha funcionado realmente como tal y donde una de sus dos entidades constitutivas, la República Srpska, que ocupa el 49% del país y tiene el 35% de su población, siempre ha mostrado más interés en unirse a la República de Serbia que continuar formando parte de Bosnia y Herzegovina y amenaza permanentemente con celebrar una consulta sobre este asunto, aparte de que tanto serbios como los croatas -que están integrados junto con los bosnio-musulmanes en la Federación de Bosnia y Herzegovina, que ocupa el 51% del espacio bosnio- nunca han tenido ningún interés en que la administración funcione.

Y, en segundo término, pero no menos importante, Bosnia y Herzegovina es un desastre administrativo y político porque los Acuerdos de Dayton, que fijaron el funcionamiento del Estado y la administración bosnias, dividieron el país en dos entidades, diez cantones, dos parlamentos y 137 municipios, de tal forma que es tal la descentralización y el número de competencias de los distintos niveles del gobierno, que la gobernabilidad y el funcionamiento de la misma administración es nulo. A este caos político y administrativo, hay que añadir que la situación económica es desastrosa,



LA UE DEBERÍA CAMBIAR ALGUNOS DE SUS CONCEPTOS ESTRATÉGICOS, COMO LA SUBORDINACIÓN DE LOS INTERESES EUROPEOS A LOS INTERESES GEOESTRATÉGICOS DE LOS ESTADOS UNIDOS, ALGO QUE ESTÁ EVOLUCIONANDO EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS A MERCED DE UN CAMBIO EN LA ACTITUD CON RESPECTO A MOSCÚ, SOBRE TODO PARTE DE ALEMANIA Y FRANCIA, QUE HAN COMPRENDIDO QUE LA CRISIS DE UCRANIA, POR PONER UN EJEMPLO, SOLAMENTE SE RESOLVERÁ MEDIANTE UN ACUERDO CON RUSIA

con un desempleo casi cercano al 30% y un poder adquisitivo de la población bajísimo, lo que ha provocado una crisis demográfica, pasando la población bosnia de 4,5 millones del año 1991 a los 3,5 o menos en el momento actual, habiéndose generado un obvio descenso de la población y un crónico envejecimiento de la misma.

Kosovo es otro embrollo u otra patata caliente que tiene la UE en sus manos. En primer lugar, todavía hay cinco países de la UE - Eslovaquia, Grecia, España, Rumania y Chipre - que no han reconocido la independencia de la que en tiempos fuera una provincia de Serbia y no parece que ese reconocimiento vaya a ser próximo, por lo que cabría suponerse que estos países vetarían la hipotética entrada este territorio en el club europeo. Tampoco Kosovo ha conseguido, al día de hoy, la definitiva normalización de sus relaciones con Serbia, que se niega todavía a reconocer ese territorio como independiente y que no renuncia a su integridad territorial, algo que también dificultaría su plena integración en la UE.

DE TURQUÍA A RUSIA

En lo que respecta a Turquía, no ha habido avances fundamentales en los últimos años porque siguen persistiendo las reticencias de varios socios de la UE, entre los que destacan Alemania, Austria y Francia, pero también por la deriva autoritaria del régimen de Recep Tayyip Erdogan tras el supuesto golpe de Estado del año 2016. Desde ese año hasta ahora han sido detenidos, arrestados y sometidos a un trato absolutamente degradante e inhumano más de 160.000 turcos, amén de otros miles de represaliados y despedidos de sus trabajos por sus simpatías -reales o no- con la secta del clérigo islamista turco asentado en Estados Unidos Fethulá Gulen.

Además, se argumenta desde la UE, que Turquía incumple muchos requisitos para negociar en el futuro su ingreso en la UE y, concretamente, porque Turquía no cumpliría con un requisito indispensable para los países candidatos -el Criterio de Copenhague- en cuanto a las garantías democráticas y el respeto a los derechos humanos y a las minorías. Luego estaría la cuestión de Chipre, un país miembro de la UE y cuyo territorio es ocupado en un 38%, desde el año 1974, por las fuerzas turcas, y que se trata de un contencioso

que Turquía nunca ha querido solucionar, buscando artimañas para no negociar e intentando dilatar un compromiso con Nicosia sine die.

Aparte de todos estos problemas sobre la mesa a la hora de negociar con Ankara un gran acuerdo con la UE sin que significase el ingreso de Turquía en la misma, que sería quizá la mejor de las fórmulas, están también las nulas garantías judiciales que tienen los detenidos en ese país, algo que chocaría con el acervo judicial de las instituciones europeas. Cuestiones y contenciosos aparte, tampoco el sátrapa de Ankara, Erdogan, se ha mostrado muy deseoso, más bien diría que últimamente hasta hostil, de ingresar en una UE que fiscalizaría sus movimientos y el permanente vaciamiento de contenidos del Estado de derecho turco.

Otro de los asuntos que también tiene la UE encima de la mesa es la redefinición de las relaciones con Rusia tras constatar-se, cada vez más, el acentuando desinterés de los Estados Unidos en sus relaciones con Europa y con la OTAN. La UE debería



David-Maria Sassoli, presidente del Parlamento Europeo.

cambiar algunos de sus conceptos estratégicos, como la subordinación de los intereses europeos a los intereses geoestratégicos de los Estados Unidos, algo que está evolucionando en los últimos tiempos a merced de un cambio en la actitud con respecto a Moscú, sobre todo parte de Alemania y Francia, que han comprendido que la crisis de Ucrania, por poner un ejemplo, solamente se resolverá mediante un acuerdo con Rusia. Sin embargo, este acercamiento no implicaría en el futuro el ingreso de Rusia en la UE, porque su dimensión geográfica, humana y económica desvirtuaría el proyecto europeo y lo desequilibraría políticamente en favor de Moscú.

El desafío euroescéptico también está presente en la agenda de UE y es como un "virus" que se está extendiendo por todo el continente, tanto a derecha como a la izquierda. Aunque quizá, esa desafección de la ciudadanía con el proyecto europeo tiene que ver con la excesiva burocratización del mismo, con la gran distancia entre gobernantes y gobernados y porque la UE se ha alejado de las cuestiones que realmente preocupan a los ciudadanos, tales como la inmigración ilegal, la desigualdad social y la falta de empleo de calidad.

IRLANDA DEL NORTE, CATALUÑA Y ESCOCIA

Los casos de Irlanda del Norte, Cataluña y Escocia también presentan un enorme reto para la UE. Irlanda de Norte parece un asunto arreglado hasta el final del plazo del proceso de transición, fijado para el treinta y uno de diciembre del presente año, y

después habrá que buscar una nueva fórmula de consenso entre el Reino Unido y la UE, de tal forma que las fronteras entre las dos Irlandas sigan abiertas al menos para los ciudadanos de ambos lados. Cataluña sigue inmersa en una profunda crisis, marcada por el proceso independentista, que parece ya el viaje hacia ninguna parte, dadas las profundas divisiones que vive la sociedad catalana y ahora en el bando independentista, pero que seguirá dando hablar en tanto y cuanto el problema sigue sin ser resuelto por la vía política.

Por último, Escocia sigue a la espera de las elecciones locales, que se celebrarán en mayo de 2021, y en las que el gobernante Partido Nacional Escocés -SNS en sus siglas en inglés- espera obtener un gran victoria que le permita y le legitime para convocar una nueva consulta independentista en esta nación, en la que la mayoría de la opinión pública se opuso al Brexit y sueña con regresar a la UE. Londres, mientras tanto, se opone a la misma y el contencioso entre las partes está servido, aunque los escoceses ya celebraron una consulta parecida en el año 2014, donde el bando independentista perdió por el 45% contra el 54% a favor de la permanencia en el Reino Unido. ¿Será Escocia independiente y regresará a la UE? El tiempo nos dará la respuesta.

En cualquier caso, volviendo a las reflexiones iniciales sobre el futuro de Europa, creo que estamos en un punto de inflexión donde o se define el proyecto con mayores competencias y contenidos, como la política exterior, una verdadera agenda social y el ejército europeo, o, de lo contrario, seguiremos sujetos a este modelo burocrático, ajeno a la ciudadanía, despilfarrador de los recursos de los contribuyentes y sin un polo a tierra más cercano a nuestra realidad más inmediata, corriendo el riesgo de que el euroescéptico aumente y el ejemplo británico cunda entre nuestros socios. Veremos qué pasa. 🇪🇺